

LOS ARTESANOS.

Indudablemente hay en Europa naciones mas adelantadas que la nuestra, tanto en el órden industrial, como en el administrativo, en el mercantil, como en el político. El gigantesco vuelo, que, de algunos años á esta parte, van tomando los elementos que constituyen la civilizacion material de Inglaterra, de Francia, de Alemania y otros paises, contribuye á formar la preponderancia de estas naciones, al paso que alimentando ciertos deseos y ciertas necesidades entre las clases populares, las conmueve y agita de un modo tan violento, que estos ímpetus y estos arranques, que la organizacion social no puede frecuentemente evitar, causan la desesperacion de las mismas clases, y, lo que es aun mas, vienen á ser el escollo de las inteligencias mas privilegiadas de las escuelas gubernamentales, cuyas inteligencias, poseidas, ademas, de la mejor buena fé, no atinan á resolver satisfactoria y cumplidamente el gran problema de la época.

Para los que reconocemos leyes universales así en la naturaleza física como en la moral; para los que creemos que la accion directa de Dios ha arreglado de antemano las pruebas *todas* por las que ha de pasar la humanidad á medida que se vá desarrollando, no son nuevos, ni singulares los fenómenos que observamos en la vieja sociedad européa, cuyo periodo de crisis está pasando. En nuestros dias se está reproduciendo la antigua historia de Thebas, que oíamos relatar, sin comprender su símbolo misterioso, en los primeros años de nuestra adolescencia, cuando comenzabamos á iniciarnos en el estudio de los clásicos griegos y romanos. Hablábasenos entonces, si mal no recordamos, de una Esfinge que proponia un enigma á los príncipes, á los reyes, á los de elevada gerarquía, á los de humilde esfera, y despedazaba á todo el que tenia la desgracia de no descifrarle. La fábula inventada por la imaginacion de los poetas griegos, se realiza ahora en el mundo positivo; tenemos una Esfinge, que es el pueblo; un enigma que acertar, que es la cuestion social de 1849; y en cuanto á victimas devoradas por el *mónstruo*, no hay mas que tender la vista por el mapa para encontrarlas á millares.

No es nuestro ánimo ecsaminar en el presente artículo las similitudes que con el *mónstruo* de la antigüedad tiene la *Esfinge* moderna; ni esplicaremos tampoco las soluciones, mas ó menos satisfactorias, que la ciencia social ha presentado hasta ahora en sus teorías para resolver el problema. Bastará á nuestro propósito consignar que otras naciones—no la nuestra—parecen las destinadas á hacer el ensayo para dar con el enigma; y que si no corresponde á España la gloria de la iniciacion, tampoco debe cargar con la responsabilidad del écsito de la empresa.

Y no es que carezca de inmarcesibles timbres el pasado de nuestra patria; no; que entre otros títulos al reconocimiento de la posteridad, hay dos que con dificultad se encontrarán iguales en los fastos de la civilizacion moderna. España con su fuerte brazo ha exterminado á la raza musulmana en Europa, preservando á esta parte del mundo de la propaganda mas temible con que ha tenido que luchar jamás la fé de Cristo; ha descubierto con su genio un nuevo mundo conquistándolo á la civilizacion, y despues de haber plantado la bandera de Castilla en

los confines del Globo, ha abandonado demasiado generosa aquellas fértiles comarcas á la ruin avaricia de sus envidiosas rivales.

Sí, pues, en la crisis orgánica que vá muy pronto á llegar para la humanidad, no es España la destinada á dar el primer impulso; si otras naciones la han de preceder en el experimento, *que podrá ser muy doloroso*; tiempos ha habido en que, obedeciendo á la ley general, ha cumplido su especial mision civilizadora con aquel brillo y esplendor que tanto enaltecen las inmortales páginas de la historia nacional.

Hechas estas indicaciones, que no esplanamos mas, por obscuras que puedan parecer á los que no esten versados en los estudios sociales, pasemos á hablar lijaramente de los ARTESANOS, esa parte integrante de la nacion, que con harta justicia reclama la proteccion y desvelos de la Administracion del Estado.

Aunque no estamos porque indistintamente, sin tino, ni direccion y á manos llenas se distribuya por el poder la educacion superior á todas las clases de la sociedad, por los males que acarrea á una nacion pobre y atrasada especialmente, el estrechado desarrollo de los estudios superiores, cuando al mismo tiempo se descuida la educacion moral é intelectual del pueblo, no podemos menos de reconocer que en la España del siglo XIX las carreras *útiles*, en el sentido material, han estado mucho mas abandonadas que las profesiones ó facultades científicas. En Francia é Inglaterra, por ejemplo, arrancadas ha muchos años si no las raices la ramas, al menos, que brotaren del inmenso arbol feudal, que cubrió por tanto tiempo el suelo Europeo, han precedido los ensayos y las reformas, y por eso el desarrollo material de dichos países es tan notable. En cambio tampoco se sienten en España los funestos efectos de un materialismo frio y egoista, que infiltrándose en todas las capas de la sociedad, motiva hoy las angustiosas agonias con las que se vé batallar á otras naciones.

En el sentido moral, la condicion del artesano, del trabajador, es entre nosotros infinitamente superior á la del artesano de otras partes. Contribuyen á ello muchas causas, cuya esposicion nos llevaria lejos del objeto que nos hemos propuesto.

Sobre todo, desde que la economia politica ha condenado en todos los países civilizados las corporaciones conocidas con el nombre de *gremios*, si bien la sociedad no ha adoptado hasta el día una fórmula precisa, exacta y general para hacer desaparecer la anarquía industrial y agricola, que domina en todas partes; no obstante, los artesanos han adelantado estraordinariamente en sus respectivos oficios, y los resultados de la abolicion del privilegio no pueden menos de estimarse.

Ademas de la habilidad, lo que necesita poseer el artesano es instruccion. Proviene algunas veces de la naturaleza la primera cualidad; pero se adquiere generalmente con la práctica. La constancia y laboriosidad suplen muchas veces á la naturaleza. Observad en las calles, en los circos y teatros á esos hombres mutilados de ambos brazos, que con la mayor soltura y desembarazo escriben con los pies y ejecutan otras mil habilidades. La asidua práctica les ha hecho maestros.

Por poca inteligencia que, al parecer, requiera un oficio, no existe uno solo para el que no se necesite mas ó menos instruccion. En todas las artes, en todas las manufacturas se presentan ocasiones multiplicadas de observar la imperiosa necesidad en que están los artesanos y trabajadores de poseer la suficiente instruccion, acerca del arte ú oficio en que se ocupen. Interesa tambien á los fabricantes y empresarios, si quieren que sus manufacturas tengan mas salida, el que estén trabajadas por operarios, ademas de diestros, instruidos. Las escuelas elementales de algunos con-

dados de Inglaterra y departamentos de la vecina república, establecidas recientemente, prueban que los empresarios inteligentes han conocido sus verdaderos intereses. En ellas se enseñan, además de las primeras reglas aritméticas y la escritura, los elementos de química, física, dibujo y mecánica, que tan íntima conexión tienen con las artes industriales.

Los artesanos, aparte de que no se penetran bastante (hablamos en general) de la absoluta necesidad que tienen de instruirse teóricamente en su oficio; ¿con qué medios cuentan para ello? Desgraciadamente con muy pocos ó ningunos.

Sin embargo, si los gobiernos calculasen bien qué lo que mas directamente influye en los intereses materiales del mayor número, y de consiguiente en el bien estar del pueblo, es introducir *método y reglas* en el aprendizaje de un arte, de un oficio; al lado de las academias científicas se verían escuelas industriales, y establecimientos agrícolas junto á las Universidades literarias. Antiguamente costaba mucho el aprender á leer y á escribir; conocióse la necesidad de ahorrar tiempo y molestias, y la importancia del asunto hizo que se inventasen los métodos que conocemos, los cuales han simplificado de tal manera el aprendizaje que es una maravilla el ver con qué prontitud y facilidad llegan hoy á poseerse estos conocimientos, tan indispensables á qualquiera individuo de la sociedad en el estado de la civilización.

El trabajador es la fuerza productiva de la sociedad, y esta clase del pueblo aguarda algun mejoramiento en su condición social y artística. Si los gobiernos, cualquiera que sea su forma, quieren tener una garantía de orden y de civilización, es preciso que no escatimen, como hasta aquí, al hijo del artesano los benéficos rayos de la luz intelectual y moral. El aprendizaje de las artes y de los oficios debe ser en lo sucesivo una escuela de instrucción real y positiva de costumbres para las familias trabajadoras; y en cuanto á los individuos, su aprendizaje debe ser un medio expedito y pronto para proveer á su subsistencia. ¿Sucede esto en la actualidad en Europa? No.

No basta establecer el principio de que los progresos de la industria de una nación dependen del partido que se saque de los agentes de la naturaleza. A la verdad no se puede negar este principio, por ser inconcuso; pero conviene que á los agentes racionales que entran á ayudar á los naturales, se les considere, no como máquinas, sino como criaturas que cumplen su destino sobre la tierra.

Afortunadamente los *sistemas económicos* de todas las naciones Europeas, de poco tiempo á esta parte, han sufrido modificaciones importantes, y hoy no hay escuela, digna de tal nombre, que no rechace aquella *economía política* del pasado siglo, cuyos fundamentos estribaban en cálculos demasiado severos, y preceptos tan rigurosos que no tendían mas que á divinizar el *egoísmo*, el *interés* y la *riqueza*.—Pero hasta ahora no se ha hecho por los gobiernos lo bastante para establecer los buenos métodos que tanta falta hacen, á fin de reformar el aprendizaje abandonado á los caprichos del interés privado por una parte, y por otra al desarrollo instintivo y natural de una ciega y perniciosa rutina.—¿No premian y con razón los gobiernos al soldado que se distingue en los campos de batalla? Pues ¿por qué no se habían de conceder iguales y tan honoríficas distinciones á los siervos del trabajo? El día en que se dispense una protección paternal al artesano, desaparecerán muchas cosas, que continuamente amenazan la tranquilidad de los estados.

Agustín Mendia.

DATE TONO.

ROMANCE.

Hay niñas en este siglo
que, por hacer de personas,
entregarían su mano
al bruto de Babilonia.

Doña Lupercia Matute
recibió una noche lóbrega,
al salir de una tertulia,
esta epístola amorosa:

-«A los pies de V. ofrece
«las riquezas que atesora,
«su vida y sus pergaminos....
«*El Marques de la ALCACHOFA*»-

Cómo los dos se entendieron
punto es que calla la crónica,
pero á las cuatro semanas
ya se trataba de boda.

La mamá de la chiquilla,
tan prudente como gorda,
quiso impedir ese enlace
usando de mil tramoyas.

Pero todas sus intrigas
desbarataba la novia;
la mamá dále que dále,
la chica toma que toma.

Porque -como dijo el otro-
cuantos mas tropiezos topan,
mas firmes están las hembras
en los proyectos que forman.

Y, sobre todo, mas vale,
-como dijo muy bien la otra-
un gusto que cuatro cuartos,
un capricho que cien onzas.

Y no es que Doña Lupercia
estuviese de amor loca
por aquel cuyo apellido,
relleno, es una gran cosa.

Pues hablando como es justo
no le quería ni jota,
y al verle la acometía
una jaqueca espantosa.

Que era el futuro un mancebo,
en el fondo y en la forma,

tal cual aquí se le pinta
con sus puntos y sus comas.

Los pies -y me quedo corto-
mas que pies eran dos góndolas;
y las manos, mas que manos,
ó manazas ó manoplas.

Las piernas un par de piernas
de construcción estrambótica;
una un poquito mas larga,
otra un pedazo mas corta.

No digo nada del pecho;
mas por espalda -no es broma-
parecía que llevaba
en cuclillas una mona.

Un ojo miraba á Prusia,
el otro á las Californias;
y, en fin, su boca era un buque,
su cara una carantoña.

Pues si hablamos de otras prendas
el alma se queda absorta,
que no las hay semejantes
del universo en la bola.

Era por lo amable.... un cardo;
por lo dulce... quina Loja;
y por lo ligero.... un plomo;
y por lo sabio... ¡ni gota!

En política.... un zoquete;
en letras.... una zambomba;
en los peligros.... un mándria;
en las visitas... un posma.

Lo que mas él entendía
era el arte filarmónica;
y aun así mas le gustaba
el *Tripili* que la *Norma*.

Es verdad que sus haciendas
-si tuviese alguna que otra-
rentarian.... no sé cuanto,
como, cuando, ni en que zona.

¿Qué era, pues, lo que á la niña
la trastornaba la cholla?

¿Que quería la doncella
con un ente de esa estofa?....

Poco para *valor* tanto;
mucho para la que es tonta;
queria.... ¡que la llamasen
Marquesa de la Alcachofa!

Ventura Ruix Aguilera.

LEANDRITA.

1834.

El 5 de mayo de dicho año, á las dos y media de la madrugada, tuve que regresar de N.... á D.... El primer punto es un pueblo de regular estension, cuyos habitantes, casi todos, son labradores: el segundo es una ciudad marítima, capital de la provincia á que pertenece aquel.

Era indispensable dejar la cama, á la hora en que suelen ser muy gratos los ensueños que entretienen á la imaginación en el mes de las flores. Me vestí con prontitud, y á los ocho minutos ya estaba acomodando mi *saco de noche* en un carruaje, bastante bueno para lo que permiten y prometen ciertos caminos. La calle de la posada á que acudíamos los pasajeros estaba oscura, como todas las de aquella poblacion, y una luz pobre de un pobre candil, que acercó á la puerta un mozo de la cuadra, nos sirvió para no rompernos treinta veces las cabezas contra los travesaños del carruaje. Así fue, que no pude distinguir bien las fisonomías de los que iban á ser compañeros míos de viaje, y remití al despuntar de la aurora el deseo de satisfacer mi natural curiosidad. Por entonces solo supe que éramos seis los que habíamos de ocupar los ocho asientos del locomotor: cuatro hombres, y una muger con una niña de muy corta edad, segun me hizo concebir el metal de su voz.

La muger se sentó á mi lado, y entre los dos se puso la niña, que ocultando su cabeza bajo el pañuelo que sobre los hombros llevaba la otra, se quedó, al parecer, dormida.

Todos, creo, hicieron otro tanto, hasta el mismo conductor del carruaje, pues las mulas andaban despacio, y el silencio era profundo, á no interrumpirlo algun bostezo. Todos aquellos hombres estaban envueltos en sendas mantas de lana, las cuales ví despues eran de color azul con listas blancas que se cruzaban formando pequeños cuadros; y en la cabeza llevaban sombreros de esos que se llaman *chambergos*, pero de copa mucho mas alta que los que usan los andaluces. Comprendí desde luego que toda era gente del campo ó del pueblo.

Todos, pues, si no dormían, dormitaban, por lo menos, y yo estaba allí, en el fondo del carruaje, abrigando mis manos en el embozo de la capa, y despierto como el ángel custodio de aquella tribu.

Todo el mundo sabe cuanto fatiga el viajar por ciertos caminos que no son caminos, y en ciertos armatostes, que á no tener ruedas, no se podrían llamar carros: es ya opinion corriente, que aceptar un viaje es lo propio que aceptar una enfermedad con dolores continuos en los brazos, en las piernas, y en todas las partes del cuerpo, que están oprimidas en jaulas, como la susodicha, en mil posiciones violentas, y sufriendo á veces el peso de otras moles, que, aunque blandas,

abruman; pues en punto á cargas, solo tienen por ligeras los poetas las que toman sobre sí los enamorados al pasar un rio llevando en sus hombros el objeto de su cariño, etc.

En esto y en otras cosas mas iba yo pensando, para distraer la impaciencia que ya comenzaba á atormentarme por la lentitud con que marchábamos. La mujer que estaba sentada á mi lado tambien parecia dormida, pero en vez de bostezos, lanzaba suspiros con frecuencia. Alguna vez, componia ligeramente un pañuelo que velaba su cabeza, y entonces percibia yo el olor de las rosas.

Si no escribiera de prisa, diria aqui á mis lectores algo de lo que aquella fragancia me hizo sentir, allí, en aquel humilde y descompuesto carruaje, trasportando mi imaginacion á otras bien dispuestas diligencias, en cuyos estrechos recintos acontecen diariamente mas de diez escenas que valen por ciento de las que los autores modernos describen en sus dramas sentimentales, y en sus comedias de costumbres. Pero, como digo, estoy algo de prisa, y, por otra parte, alguna razon mas me impone silencio; y es, que yo creo que las ilusiones esas de que voy hablando no deben ser esplicadas; porque al hacerlo, sucede que se desvanecen unos tras otros mil recuerdos, que bullen en el corazon, agitados como en él entraron, y si se quiere poner en ellos órden para espresarles, es lo mismo que abrirles la puerta para que huyan, y es desconsolador el vacío que nos dejan. No, no: el rocío para la flor; las ilusiones para el alma: cada flor absorbe algo de las gotas de rocío que le ha regalado la noche; cada alma debe guardar algo de lo poco que en el mundo le concede la fortuna. Dejemos en su seno alegres, juguetonas, esas ilusiones; y así en los momentos de recreacion mental, se las vé reproducirse en graciosas formas, y brillantes como centellas, cruzar por un espacio que fingimos, renovando en nosotros la percepcion de circunstancias pasadas, memorias de perdidos bienes, ideas de esperanzas que tal vez no volverán á endulzar nuestra existencia.

Algo me interesaron hacia aquella mujer los suspiros y las rosas, y abria yo los ojos, cuanto podia hacerlo, para distinguir las facciones de su rostro. Fui preciso esperar á que el cielo se esmaltase, y las cumbres de los montes se pudiesen doradas. Entonces fue, cuando frotándose el conductor los ojos con los dedos, gritó á una de las mulas «*colegiala!*», acompañando la original canturía de su grito con el acorde de dos latigazos diestramente repartidos á derecha é izquierda.

A su voz, y á los chasquidos del látigo, hicieron un leve movimiento todos aquellos hombres dormidos, pero volvieron á permanecer inmóviles. El conductor dejó el látigo entre las cuerdas de la tienda del carruaje, puso las manos sobre sus muslos, é inclinando un poco la cabeza hacia nosotros, dijo: «*ea, dad el último adios á vuestro pueblo: desde aqui se vé todavia, pero despues ya no lo vereis mas.*» Todos, y la mujer tambien, dirigieron sus miradas al pueblo, y cada cual, según sus afecciones y el temple de sus fibras, fue despidiéndose á su manera del lugar en que habia nacido.

—Adios, adios, dijo uno con indiferencia: San Pedro te asista!

—Adios, añadió otro; hasta mas ver!

—*Que un mal rayo te destruya!* dijo el tercero, y cerró los ojos, y se cubrió con la manta. Y todos callaron desde entonces, habiendo hecho algunos gestos significativos al oir aquella desesperada exclamacion.

Yo tambien, lo confieso, experimenté cierto disgusto al escuchar las palabras

del maldiciente, y hubiera querido adivinar la razon de su odio al pueblo suyo. ¿Es posible, pensé, que no sienta ese hombre dejar lo que tal vez se deja ahí? ó, ¿no se deja nada, absolutamente nada...? ¿No habrá dejado ni padres, ni hermanos, ni amigos, ni una esposa, ni una muger querida...? Y si nada de eso deja, ¿tampoco siente apartarse de la calle en donde jugó con otros niños cuando él lo era, del arroyo á cuyas orillas habrá descansado algunas veces, y del árbol cuyos frutos habrá diezmado en sus juegos...?

Tal vez, tal vez se dejaba todo aquello, y sentia todo esto.... Ah! concibo que muchas veces se puede dar con ojos serénos y en voz firme un último *adios* á las cosas que mas amamos. Misterios del corazon del hombre: arcanos de la vida; confusion de confusiones, y todo confusion.... porque los labios pronuncian ciertas palabras, y el oido que las oye no las comprende, porque su espresion es misteriosa.

Todos los otros hombres encendieron cigarros, y yo volví mi cabeza hacia la muger, que sin hablar tenia los ojos fijos en el campanario del pueblo que aun se distinguia.

—Aun se vé, dijo en voz baja, y seguí sus movimientos.

—Ya no se vé, exclamó, y todos repitieron:

—A pocos instantes:

—Adios, adios.

Tambien dijo ella *adios*, pero su acento envolvió un misterio de inesplicable dolor. Apretaba con sus manos los hombros de la niña, y con sus ojos la devoraba. Era su mirar apasionado y triste: inmóvil tenia la cabeza, inclinada y unida á la de aquella, y de repente, caen como lanzadas algunas lágrimas de sus ojos, como gruesas gotas de una lluvia inesperada. Aquellas lágrimas debían ser ardientes, porque al quebrarse en las mejillas de la niña, esta se despertó y llevó prontamente su mano á la parte en que habia sentido algo, suspirando un ¡ay!

—Pobre hija mia! dijo la muger, y lloraba mas.

—Por que llora V., madre?

—Ya no se vé nuestro pueblo, Leandrita!

—Ya no lo veremos mas?

—Quien lo sabe, hija mia..!

—Aun tengo aquí la rosa que al despedirse me ha dado Margarita: y enseñó á su madre la flor que llevaba al pecho.

—Bien, Leandrita, bien; guárdala, la contestó, guárdala, que es de tu amiga, y quiera el cielo que puedas volver un dia, tan inocente y pura como hoy, á cojer mas rosas del mismo rosal que ha producido esa.

Y la pobre muger redoblaba su llanto, y besaba con delirio á su hija.

—Mucho siente V. este viaje, señora, la dije.

—Mucho, mucho, respondió: como sentiria la muerte.

—Pues qué, no hay esperanza de volver?

—Lo ignoro, como ignoraba hace cuatro dias que habia de partir.

—Y á donde va V.?

—Todos vamos á pasar el mar: á la còsta del moro....

—A Oran, repuso con voz atronadora el hombre que maldijo á su pueblo; y continuó tranquilo y embozado.

—A Oran, repitió la muger, y me hizo seña con el dedo para que no la preguntase mas.

Pero se le derretian en lágrimas los ojos, y eran mas repetidos sus besos á la niña. Comprendí algo de aquello, por que no carecía en un todo de antecedentes, y creo que debo decir á mis lectores algo sobre el particular.

Desde que los franceses tomaron á Argel en 1829, un sinnúmero de familias de la costa de España hacen la travesía del Mediterráneo, con la esperanza de mejorar su suerte en aquellos otros países, beneficiados por los vencedores. Es incalculable la emigracion de que hablo, y á la fecha en que escribo esto se cuentan como 6.000. almas que han pasado allá, solo del pueblo de N.... Ciertó es que la rapidez con que hicieron su fortuna algunos de los primeros que arrostraron las consecuencias de ese viaje, ha podido acalorar los deseos de otros para imitarles en su osadía, pero sin reflexionar acerca de mil circunstancias que favorecian á aquellos, y que no se ofrecen á todos. Ciertó es también, que la miseria, estendida horriblemente por nuestras costas marítimas, ya por los trastornos políticos, ya por la escasez con que la naturaleza concede la lluvia á los campos, de lo cual procede el ócio, por que no hay trabajo, y el hambre, por que sin trabajo no hay pan, precisa en cierto modo á los jornaleros á abandonar sus casas, y á partir, como peregrinos, á otros puntos, en donde puedan proporcionarse lo que en su suelo natal no hallan. Pero es muy cierto también, que esas infelices gentes han llegado á persuadirse de que Argel y Oran son dos minas inagotables, que no han de poder esplotar las generaciones presentes y futuras. De ahí, vender cuanto poseen, y ajustar el pasaje para aquellos puntos, apenas experimentan la penuria que trae consigo la falta de trabajo y de alimento.

Es de todo punto necesaria esta emigracion? No debería atajarse esa enfermedad ó manía de partir á Oran? Nos honra esa fuga? No es posible que otras miras, que de seguro no llevan el beneplácito de la moralidad, pretesten razones equívocas para obtener en vez del preciso sustento, algo mas, cuyo algo mas sea un sacrificio de la virtud?

Entre los hombres, van sus mugeres y sus hijas: *et son soutien?* ¿podrán todos contestar: *ma vertu?*

Pero, narremos, que á otros toca discutir y remediar.

Coincidian con mis observaciones las de aquella desventurada muger, madre de aquella querida niña, cuando, habiendo hecho alto en una venta, cambiamos algunas palabras; quise consolar su pena, y ella, juntando las manos, y oprimiéndose la frente, me decia:

—Ah Señor, que V. no sabe bien lo que sufro! vé V. esa niña? y señalaba á su hija: la vé V., es hermosa: ¿no es verdad? ¿qué la espera allí? Yo, aunque nacida y criada en el campo, se lo que podemos esperar en Oran. La miseria... y despues de la miseria, créalo V., despues de la miseria... y temblaba la infeliz.

—Por qué vá V., pues, la pregunté?

—Porqué voy? porqué voy? aquel es mi marido.... y señaló al hombre maldiciente. El lo ha dispuesto, y es necesario obedecer.

—Pero será jornalero?

—Si señor; pero allí sobran jornaleros: los hay que se volverian á España, si pudiesen. Y (óigame V.) son horribles las cosas que de allá se cuentan.... y mi hija crecerá allí, hermosa como es hoy.... y una madre, bien puede decir que su hija es hermosa, y creerlo, y temer por ella, hasta del aire. Ah! yo no la abandonaré: siempre estará á mi lado.... pero.... si enfermo, y se queda sola....

—Mas, ¿es imposible que encuentre aquí trabajo el marido de V?

—Mi marido, señor, es... mi marido. Debo callar.

—*Al carro*, gritó á este punto el conductor, y fué ya preciso dejar nuestra conversacion.

Todos ya en el carruaje, y cada cual en su puesto, como antes, —pues como allí no están numerados los asientos, parece que se adquiere la propiedad del que ocupamos desde el principio del viaje,— me entretuve en observar á la niña, cuya hermosura ocasionaba tantos temores á la madre. Con efecto, la niña, que escasamente contaría nueve años de edad, era un angel. Blanca, fresca, de torneadas formas, con ojos azules y rasgados, y un cabello rubio y espeso; igual y brillante su dentadura con el brillo de las perlas, y su mirada dulce y cariñosa.....

Pobre niña!!

Nada pude decir á la desconsolada muger en el resto del viaje; su marido estaba despierto, y sus ojos algo cargados despues del desayuno que en la venta hizo. Fue hora de separarnos. Dí un beso á Leandrita, y quiso regalarme la rosa que aun no se había marchitado.

—Guárdala, la dije; es de tu amiga.

(*La conclusion en el número siguiente.*)

TORRES Y CAMPANAS.

Arrebolando las nubes
que ante su lumbre se esparcen,
al mar desciende tranquilo
el limpio sol de la tarde.

Parece un monstruo de llama,
cuyo descenso radiante
cenizas hará los montes
que ya enrojecidos arden.

Al lejos murmura el rio,
cantando pasan las aves,
y el céfiro entre las hojas
finje tristesimos ayes.

Y á la campestre armonía
la de la ciudad mezclándose,
Con himnos sublimes las torres gigantes
el alma estremecen y asordan los aires.

No sé qué tiene ese canto
que siempre lloro escuchándole,
y siempre absorto le escucho,
ya en el monte, ya en el valle.

Sin duda es ese del cielo
el aterrador lenguaje,
la música soberana
que ante Dios alzan los ángeles.

De la eternidad sin duda
tan hondos acentos salen,

tal vez al ronco ruído
los sepulcros se entreabren.

Por eso el alma medita,
por eso al cielo levántase,
Y encuentra pequeño del mundo lo grande,
y sombras do vía lucientes fanales.

Torres!... Campanas!... el cielo
lleno de rojos celajes!...
el sol sobre las montañas!...
el horizonte abrasándose!...

¡Bendito seas, Dios bueno,
que, en tu saber insondable,
hiciste el alba tan bella,
tan misteriosa la tarde!

El alba que ahuyenta y borra
del corazon los pesares,
la tarde que el alma eleva
con su esplendor vacilante,

Con sus pájaros que cruzan,
con sus nubecillas que arden,
Con ese ruido que hendiendo va el aire
y que de esas torres se despeña y cae.

Quizá algun día perdido
por sendas extrañas vague,
sin esperanza y sin guía,
en pos de mi patria, errante.

Y cuando mas sin consuelo
yerto el corazon se halle,
y harto de ir á la ventura
inmóvil el cuerpo descansa
Bajo un olmo solitario
ó de un arroyo á la márgen
que el sol, bajando á occidente,
en luz moribunda bañe;
Quizás escuche á lo lejos
esos sonos inmortales,
Y, al monte trepando que nunca holló nadie,
tus torres ¡oh patria! mis ojos encanten!

—
Cuando iba á dar á la tierra
el último adiós mi padre;
cuando el pobre desterrado
iba á abandonar su cárcel;

¡Ay! yo oía unas campanas,
y al oirlas resignábame,
porque Dios, que habla por ellas,
me decía:—*Aun tienes padre!*

*Ese mundo es el camino
por dó el justo al cielo parte;
yo he llamado á aquele anciano
y á mi voz vendrá al instante.*

*Desde aquí te estará viendo;
no le llores, pues le amaste,
Porque es muy dichoso quien deja esos mares
y al puerto divino dirige su nave.*

—
Al duro golpe del hacha,
como del bosque los árboles,
yo he visto rodar deshechos
del sumo Dios los altares.

También las torres cayeron
con sus campanas sonantes;
las torres que en pie quedaron
durarán lo que duráren.

Cuando rompan desplomadas
el azul velo del aire,

sangre llorarán los buenos,
llorarán los malos sangre.

No habrá hermano para hermano,
no habrá ley que al justo ampare,
Venderáse la honra como un viejo traje,
y el hijo pequeño matará á su madre.

—
¡Dichosos tiempos aquellos
en que iba el hombre á postrarse
de su Dios crucificado
ante la sagrada imagen,
Con el corazon henchido
de la fé mas viva y grande,
sin el pecado en los ojos,
sin la risa en el semblante!

Entonces.... cuando empezaban
las sombras á desplegarse,
y esa tempestad sublime
sobre el pueblo, derrumbábase....

Con la frente descubierta
iba el pueblo por las calles,
Y, cual pura nube de incienso suave,
plegarías subían al cielo á millares!

—
¡Torres! ¡Campanas! Si fuera
este mi postrer instante,
salvaríase mi alma
é iría donde mi padre.

¡Tanto aviva la fé mia,
y tanto en mí puede y hace
el oíros, el miraros
al resplandor de la tarde!

¡Quiera el cielo que esas voces
consoladoras y graves
suenen siempre en los oídos
de los débiles mortales!

¡Que siempre sus ojos vean
esas cristianas pirámides,
Para que su pecho tibiamente frágil
no se trueque en sucio muladar infame!
Francisco Zea.

CARNAVAL.

La historia del Carnaval es la historia del género humano. Para quien no examina mas que la superficie de las cosas, el carnaval principia todos los años en el día de la *Epiphania* ó de *Reyes* y concluye en el *miércoles de ceniza*: para el filósofo que estudia el fondo de los sucesos que alternativamente van pasando por

la sociedad, como pudieran pasar las figuras de un cosmorama por un cristal de aumento, el carnaval principió en el Paraíso y concluirá con el último Hijo de Eva. Es una contradanza de siglos, una polka de generaciones, un wals perpétuo.

Cada corazon es una sala de baile. A los pocos años de nacer el hombre se abren de par en par las puertas de aquel local, en las que se lee el siguiente curiosísimo cartel:

GRAN BAILE PARA TODA LA VIDA.

Desde el día de hoy se permite la entrada en este recinto á todos los habitantes del pecho, conocidos con el nombre de PASIONES, ya vengan con máscara, ya con la cara descubierta. Se advierte al público que la entrada es GRATIS, que el teatro estará perfectamente iluminado y que hay dispuesto para los golosos un magnífico ambigü, servido y ordenado por el DIABLO.

Imprenta de EL INFIERNO.

¡Ya se vé! Una funcion tan barata, y que tantos alicientes ofrece, no puede menos de estar favorecida siempre por una escogida y numerosa concurrencia. Y eso es lo que, en efecto, sucede. Las PASIONES acuden en tropel, y comienza entre ellas esa estrepitosa danza, que concluye con una linda *greca* de agonía cuando se abre la tumba para tragarnos.

Tal es el baile interior: hablemos del baile exterior.

El recién nacido recibe á la puerta de la vida una careta, que es el cuerpo. Desde el momento en que se cubre con ella el semblante del alma, ya puede, sin temor de ser conocido, lanzarse al gran teatro del mundo, y reir cuando otros lloren, y llorar cuando otros rian y danzar cuando otros giman, y engañar cuando no le engañen. Una máscara tan perfectamente preparada como es la piel, disfraza todos los verdaderos movimientos del espíritu, todos los verdaderos impulsos del corazon. Así es, que nos sucede con frecuencia tender una mano amiga al enemigo implacable, favorecer á quien no tenemos por ingrato, siéndolo, murmurar de quien nos honra, amar á quien nos aborrece, aborrecer á quien nos ama.

No bien entramos en el mundo, nos hacen una pregunta que en lo sucesivo estará zumbando siempre en nuestros oídos:

—Máscara ¿me conoces?

—Te conozco.

—¿Quien soy?

—Juan José.

—Te has equivocado.

—¿Pues quien eres?

—José Juan.

—Es igual. Lo mismo da *dos de la vela, que de la vela dos.*

Y aquí se nos ocurre un cuento que, aunque viejo, no deja de ser oportuno para nuestro propósito. Pasaba un día por cierta calle un hombre, que se detuvo al reparar encerrado á un gato en una jaula, fuera de la cual habia el siguiente letrero: *No es gato*. Nuestro hombre fijó con atencion sus ojos en el animalito; pero cuanto mas le miraba tanto mas se afirmaba en el juicio que de él habia formado, y ya iba á seguir su camino, cuando de pronto oyó á sus espaldas una voz que le repetía las palabras del letrero: *No es gato*. Entonces nuestro hombre, volvió la cabeza, un si es no es amostazado, y preguntó al interlocutor:

—¿Pues qué es?

—Gata, le contestó el otro.

Eso que es un cuento, y cien historias ademas, nos indican suficientemente que por letra mas ó menos solemos conocer algunas veces la esterioridad de los objetos. Y ahora preguntaremos, como *el otro*; ¿y que? ¿conoceremos por el forro el contenido de un libro, y por la corteza el sabor de un fruto? ¿Qué nos importa saber si uno se llama Juan José ó José Juan, si un gato es *gato* ó *gata*, siendo un misterio para nosotros los pensamientos del primero y los instintos del segundo?

Una de las grandes farsas del carnaval del mundo es el *amor*. El cariño del hombre á la muger (*amor*), la simpatía de un hombre hácia otro hombre (*amistad*), la sed de gloria (*ambicion*), son otras tantas alhagüenas mentiras que aparecen ataviadas con el *dominó* color de rosa de otras tantas verdades. Solo ecsiste un amor que no es farsa, el amor paternal.

El amor de la muger al hombre se desvanece con frecuencia por una perla, por una pluma de pájaro del Paraíso, por un título del 3 por 100 que cae, sin saber de donde viene, á los pies de la primera.

La amistad se borra con el soplo de un céfiro de disputa estéril, con una gota de tinta de rivalidad, con la punta de un cuchillo de mal humor.

La sed de ambicion se aplaca todos los dias con un sorbo de cualquier destínillo público, con una copita de agua de *gran cruz*, ó con un trago de licor de título de nobleza, esprimido.

Esos escelentes amores son farsa, farsa, farsa, *carnaval*!

Abramos la historia de todas las naciones, y presenciaremos un carnaval, una *mascarada* completa, divertida, infinita.

Cada programa gubernamental es una patraña disfrazada con la túnica de la *Justicia*, ó con el capuchon del *Orden*, ó con el manto y la oliva de la *Paz*. Farsa, y nada mas.

Aquí es Neron, aplaudido en el circo Romano por las victimas de sus caprichos, á quienes hacia estarse dias enteros, en ayunas, viéndole tocar, cantar, y *brincar y andar por el aire*. Una funcion de carnaval.

Allá es un esclavo americano que se sonrie á los pies de su señor, el cual poco antes mandó que le plantasen una solemne azotina. La sonrisa del esclavo es una sonrisa de carnaval.

Los pasteleros nos dan gato por liebre. ¡Farsa!

Los teatros nos dan sainetes por comedias. ¡Farsa!

Unos periódicos hacen gigantes de los enanos. ¡Carnaval!

Otros periódicos hacen *Tom Pouces de los Goliats*. ¡Carnaval!

El turco se viste de cristiano, el frances de corazon se pone la capa española, el malvado se da golpes de pecho, la viudita alegre derrama lágrimas como ave-lanas, el que ayuna siete dias á la semana gasta el sétimo en largas y espléndidas francachelas. ¡Carnaval, carnaval, carnaval!

Hay hombre que en un dia cambia cien trages. ¡Pero qué trages tan diversos, qué disfraces tan variados!

El origen del *carnaval*, dando á esta palabra la acepcion que la da todo el mundo, se pierde en el laberinto de los tiempos. Los egipcios, los griegos y los romanos, que debieron ser gentes de buen humor, tuvieron sus diversiones populares, conocidas con los nombres de *Querubes*, *Bacanales*, *Lupercales*, *Saturnales*, etc. etc., de cuyas fiestas, segun la opinion de algunos, fueron una imitacion las *fetes de fous* y de *l'âne*

(fiestas de los locos y del asno), y mas modernamente la ceremonia del *bœuf gras* (buey gordo), entre nuestros vecinos los franceses; esta última ceremonia, sobre todo, es muy semejante á la que en el equinoccio de primavera se practicaba por los egipcios; la cual consistía en la procesion del buey *Apis*, que, simbolizando la imágen de su Dios, era despues colocado en los altares de Menfis y de Thebas, en cuyos templos permanecía, custodiado por los Sacerdotes, hasta que se renovaba; y sucedía esto cuando el cornudo cuadrúpedo se caía de viejo. En eso se diferenciaba la ceremonia egipcia de la francesa: los egipcios respetaban al buey *Apis*, los franceses manducan al *bœuf gras*.

La fiesta de los locos se celebraba dos veces al año en Francia, una, especialmente en Paris, en la iglesia de *Notre—Dame*, el dia de la Epiphania y durante la *Octava*; y otra, en el mismo templo, el dia de la *Circuncision*, con el nombre de *fiesta de los inocentes*. Durante estas épocas el pueblo se entregaba á toda clase de placeres, y aun á los mayores escesos, apesar de los reglamentos y ordenanzas que, así en Francia como en la antigua Roma, en Egipto y en Grecia, marcaban el orden y demas condiciones con que debian verificarse tales fiestas. A tal extremo llegaron estos escándalos en la Roma cristiana, en la cual aun quedaban restos de las costumbres del paganismo, que hubo necesidad de prohibir las *Saturnales*, y las prohibe, en efecto, el cánon XXXIX del concilio de Laodicea; pero se sustituyeron —al menos así lo indica la analogía— con el carnaval y la fiesta de los locos.

El carnaval, entre nosotros, es una especie de paréntesis de alegría en la triste historia del año; un ay! de regocijo en un mar de lágrimas. Todo el mundo se pone en movimiento: en las tiendas salen á relucir las caretas que no encontraron compradores en el último carnaval, tal vez por que ya se va conociendo que para disfrazarse no hay necesidad de máscaras: los trages de seda marchita abandonan el enorme cofre del ropavejero, para ostentar ante los puros rayos del sol el relumbron de sus canutillos, lentejuelas, bolitas de acero, y demas hermosos adornos, cuyo mancillado brillo manifiesta lo permeable de los metales. Pero ¿qué cosa hay impermeable de tejas abajo? Ninguna, seguramente, incluso los sombreros que como impermeables se nos venden. No solamente los objetos palpables, sino tambien los impalpables, están sugetos á la horrible ley de la per...mea...bilidad. ¿Quien nos negará que la honra es permeable, tan permeable como el amor?

La trompeta del carnaval llama á los mortales á la gresca y al *amable* desorden, como la trompeta de Elias llamará á los muertos, (aun á los que no han sido ministros de hacienda) á que den cuentas ante el tribunal de la eterna Justicia. Y á propósito. No sabemos porqué razon se ha de pintar ciega á la justicia: nosotros la pintariamos tuerta, pues en realidad tiene un ojo, y de lince por mas señas, para ver lo que quiere, y otro *en situacion de reemplazo*, ó inútil, para no ver lo que no la acomoda.

Decíamos que la trompeta del carnaval llama á los mortales á la gresca y al amable desorden. Las mamás viejas se disponen para servir de adorno en los salones donde han de bailar sus hijas, si son lindas, ó donde han de servir para lo mismo que las mamás viejas, si son feas. Las niñas preparan sus guirnaldas de rosas y de jazmines, arreglan los trajes mas caprichosos y extravagantes y tambien los mas sencillos; porque todos se han de ver mezclados en variada confusion, cuando suene el primer compas del primer rigodon ó del primer wals. En efecto: los que se visten de mallorquines y catalanes, los gallegos y los anda-

lucos, los valencianos y los aragoneses, moros y cristianos, reyes y pastores, generales y soldados, guerreros y arlequines, todos los países, todas las categorías, todas las posiciones, todas las clases sociales, se agitan, bullen, saltan y se desgajitan y andan en feliz armonía del brazo, en un salón de máscaras. He ahí, como sin darse la gente de cachetes, se realiza la fórmula francesa de la francesa república: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Esta es también la época de los chascos ó pegas; de atar mazas á los rabos de los perros; de la remisión de anónimos por el correo; tarea insulsa de todos los tontos; esta es la época de las grandes libaciones al Dios Baco, y de los grandes sacrificios á la diosa Cula. Las gallinas y los pavos temen, con sobrada razón, que se suspendan las garantías *gallináceas* ó *pavales* por algún cocinero furibundo; los toneles de esquisitos vinos y las botellas de chispeante licor, se conceptúan en estado escepcional.

Los que se dedican á lo que se ha dado en llamar *pesca de muchachas*, atan á la caña de su lengua el anzuelo de su verbosidad, en cuya punta suelen prender ya el cebo de una promesa de matrimonio, ya el gusano de un juramento de amor eterno, ya la lombriz de un elogio desmedido de las perfecciones que adornan á *Fulana* ó á *Mengana*, segun la que esté delante. ¡Qué de suspiros se exhalan por los interesados! Pero qué diferencia de lo que dice un suspiro á lo que siente el pecho! Porque un suspiro no es mas que un correo de gabinete que despacha un corazon á otro, para comunicarle las afecciones que experimenta; pero es tan largo y tan escabroso el camino que hay desde el corazon hasta la boca, que, habiendo partido aquel perfectamente vestido, llega al punto de su destino con la cara llena de barbas, con la casaca derrotada, con el calzon lleno de lodo y de agua, en fin, completamente desconocido.

Entre las poblaciones de España en que se ha inaugurado á estas fechas el presente Carnaval, debemos contar á la ilustrada en que escribimos estas líneas, la cual nos ha dado una prueba mas de distincion, entré las muchas que la debemos, acogiendo con suma benevolencia el primer número de Los HIJOS DE EVA. La *Asociación de Amigos*, de que nos prometemos hablar en uno de nuestros próximos números, ha dado principio á sus reuniones semanales, en las que, al par de la alegría y la union mas cordiales, reinan por su amabilidad y hermosura las encantadoras hijas de Alicante, á quienes mas de un corazon ama con un amor (lo sabemos de buena tinta) que no es de Carnaval. Ventura Ruiz Aguilera.

EL ARCHIDUQUE JUAN Y LA UNIDAD DE LA ALEMANIA.

Desde que el archiduque Juan de Austria, elevado á la dignidad de Vicario general del Imperio, se encargó de la obra de la unidad alemana, mil dudas asaltaron á los hombres que se ocupaban seriamente en estudiar las cosas de la Germania moderna, acerca de la realizacion de las esperanzas alimentadas por todas las escuelas políticas sinceras de aquel país. Los antecedentes del anciano príncipe, mas que los vínculos de la sangre, han contribuido á que los aristócratas y los demócratas pusiesen los ojos en él; los primeros le han elegido por ser *Ausburgo-Lorena*; los segundos por su conducta en el Tyrol y en la Styria, y la popularidad que en toda la Alemania gozaba el yerno del *maestro de postas*. Algunos de nuestros lectores tal vez ignoren que la baronesa de Brandhof, esposa del Vicario de Francfort, es hija de un maestro de postas de la Styria. Este desigual

enlace es una aventura de las muchas maravillosas que hay en la vida del archiduque. Un día de fuerte calor viajaba Juan de Austria en un coche tirado por cuatro caballos. Iba á llegar á un relevo inmediato, en cuya casa, por ser á la sazón tiempo de siega, solo habia en aquel momento tres personas; el viejo y achacoso maestro, el mozo de caballos y una hija de aquel, dotada de las prendas físicas mas hechiceras, la cual estaba cosiendo. Al oír el ruido del coche exclamó el padre: —«¡El archiduque Juan! ¡El archiduque Juan! y todos los muchachos están en el campo!

—Y es el caso que no puede esperar!—repuso la joven campesina; pero yo lo remediaré.

Dicho esto, entra apresuradamente en su cuarto. Aun no habian concluido de mudar los caballos el mozo de cuadra y el postillon de la última parada, cuando aparece la robusta muchacha, vestida con el hermoso traje de postillon que le habia servido de disfraz en el anterior carnaval: monta en la silla sin decir una palabra, coje con una mano las riendas, y con otra el látigo, y vuelve á rodar el coche con la mayor velocidad.

Al cabo de algun rato los ojos del príncipe se fijaron en el mancebo, que le pareció gallardo y bien formado. Aquellos delicados y finos contornos, aquella redondez de las espaldas, aquella esbelta cintura aprisionada en un uniforme de color de escarlata, chocaron demasiado á Juan, que al entablar la conversacion descubrió por la voz encantadora de su conductor, el secso á que pertenecía.

—¡Tú eres una muchacha! la dijo el príncipe.

—No habia nadie en la casa de mi padre cuando llegó el coche, y no era regular que vuestra Alteza se detuviese esperando... balbuceó la joven, toda asustada.

Tranquilizóla el archiduque; y cuando llegó el momento de separarse la dijo: —Te has transformado en hombre por servirme; justo es que yo vuelva á hacer de ti una muger; serás mi esposa.

Inmediatamente pidió á su hermano el emperador licencia para contraer matrimonio con aquella montañesa: al principio se burlaron en Viena de la *locura* del archiduque; pero fueron tantas sus instancias, que, al fin, el Emperador concluyó por ceder; y la hija del maestro de postas, *ennoblecida* con el título de *baronesa* de Brandhof, se casó con el príncipe Juan, de quien tiene un hijo, que forma hoy las delicias de los padres en Francfort, donde residen.

En toda Alemania no ecsistia un príncipe mas apropósito que él para verificar la necesaria transicion entre los elementos aristocráticos y democráticos en que se halla dividida la opinion general. Pero por la poca firmeza que ha mostrado en las difíciles ocasiones que se le han presentado, ha comprometido su papel el Archiduque Juan; y fallidas las ilusiones imperiales que concibiera el parlamento de Francfort de colocar en la mano del bondadoso y estimado príncipe el cetro de los Imperios de Austria y de Alemania, los políticos de la escuela histórica de aquel país andan azorados buscando la manera mas conducente de trasladar á la cabeza de Federico-Guillermo IV de Prusia la diadema de Carlo-Magno. Desde que el Austria *Slavizada* ha puesto entre ella y la Alemania el cadáver del diputado de Francfort, el célebre ROBERTO BLUM, el rey de Prusia ha ganado un ciento por ciento en su pretension. Mas no logrará la Asamblea de Francfort el engrandecimiento de la casa de Brandeburgo, sin provocar la resistencia no solo del Austria, sino tambien de la Baviera y otros estados. Está, pues, lejos de su realizacion la apetecida unidad alemana; y si los destinos de Guillermo le conducen

al Imperio de Francfort, debe recordar constantemente las profecías del poeta de Dusseldorf, no sea que se cumpla la fatal predicción.

Las intrigas de la aristocracia Austriaca han colocado á los Ausburgos en la penosa peligrosa por la que caminan, con detrimento de la antigua tradición, que representa esta casa dinástica; pues lo que ha podido ganar en el ánimo de los Slavs, otro tanto ha perdido en el corazón democrático de la ilustrada Alemania, la cual no perdonará fácilmente á Fernando las consecuencias de los sucesos de Viena. La conducta de la familia imperial por una parte, y la pretensión de la Asamblea de Francfort por otra, han entorpecido la unidad. Ni la Suiza, ni la Holanda, ni la Dinamarca, ni la Rusia están conformes con el derecho que deducen de la historia los profesores doctrinarios que pueblan la Asamblea de Francfort. Sobre estos derechos históricos hay otros superiores para los pueblos, y parece que no han contado con estos últimos los aristócratas, los cuales en la creación de un grande Imperio solo veían el aniquilamiento de la democracia. La declaración de los derechos fundamentales del pueblo alemán, adoptados por la Asamblea nacional, no han merecido la explícita aprobación de todos los plenipotenciarios de los Estados federales cerca del poder central; pero si del representante de la Prusia, cuya contestación á las objeciones de algunos de sus colegas, no deja ninguna duda sobre las intenciones del rey de Prusia y de sus amigos.

De la guerra de la Hungría y de la cuestión Italiana depende también sino la forma de resolver la unidad, al menos el momento de verificarla; pues es indudable que las amenazas del Austria de separación, se modificarían considerablemente si al mediodía de la Hungría sufriesen un descalabro las tropas de Windisgraets y del Ban de Croacia.

De todos modos, resta aun mucho que hacer tanto á los federalistas, como á los sostenedores del Imperio para continuar la grande obra; pues á las dificultades nacidas naturalmente de la revolución se agregan ahora los manejos de la diplomacia, cuya influencia pensaban algunos cándidamente, iba á quedar por tierra para siempre con los acontecimientos Europeos del pasado año.

A. M.

ARCO-IRIS.

—Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros suscritores, que desde hoy contamos con la ilustrada colaboración de nuestros amigos los Sres. D. CALISTO BERNAL, D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE, D. JUAN MARTINEZ VILLERGA. (D. Circunstancias) D. RAMON SATORRES y D. FRANCISCO SALMERON. Con tan brillante refuerzo no vacilan *Los hijos de Eva* en continuar la empresa, que han acometido, con nuevos bríos y entusiasmo.

—El miércoles último se verificó la tercera reunión en la *Asociación de amigos* de esta Capital. La concurrencia, igualmente que el domingo próximo pasado, fue bastante regular; y los aficionados tuvieron sobrada ocasión de quedar complacidos, pues no dejaron de menudear los walses y rigodones.

—Tenemos una deuda de gratitud con nuestros colegas de Alicante LA NUBE y LA AMENIDAD. Nada hay que nos lisonjee como la honorífica mención que les hemos merecido, al anunciar la aparición de LOS HIJOS DE EVA en la escena literaria; por lo tanto, y apresurándonos á confesar que han estado en extremo galantes con nosotros, consignaremos aquí nuestro reconocimiento á entrambos apreciables colegas.